



MEMORIAS DE LA ESPAÑA SUMERGIDA

Pantanos, desplazamientos y
resistencias culturales

ANA FERNÁNDEZ CEBRIÁN

Profesora en el Departamento de Culturas
Latinoamericanas e Ibéricas de la Universidad
de Columbia (Nueva York)

Embalses, pueblos anegados y memorias que se resisten a desaparecer: la historia hidráulica de España no solo habla de progreso y modernización, sino también de desplazamientos forzados, pérdidas irreparables y luchas colectivas que atraviesan décadas. A través de la literatura, el cine, el arte y los relatos de las comunidades afectadas, este artículo recorre el impacto social y cultural de un modelo de gestión del agua que transformó el territorio y dejó bajo las aguas una parte esencial del mundo rural.



Embalse de Mediano (Huesca).



«Campo. Pantano No». Protestas en Campo (Huesca).

Página anterior: En el invierno de 1958 se recuperó un proyecto al que había dado luz vede la II República en 1935 y se comenzó a retener el curso de los ríos Najerilla, Gatón y Portilla, y las tierras y el pueblo de Mansilla de la Sierra (La Rioja), donde nació Ana María Matute, quedaron anegados por las aguas.

En septiembre de 2023 se inauguró el Festival Riada en el municipio de Campo (Huesca), un evento que el año pasado celebró su segunda edición. Se trata un certamen que nace con el doble objetivo de luchar contra la despoblación rural y de rememorar las protestas de los vecinos de esta localidad contra la construcción del pantano Lorenzo Pardo. El ciclo de protestas se extendió durante más de una década y concluyó en 1986, año en el que varios pueblos de la comarca se salvaron de la inundación tras haber logrado cambiar la opinión pública aragonesa sobre la necesidad de esta infraestructura. El festival contó con diversos talleres que recuperaron algunos de los lemas que movilizaron a los vecinos como «Aunque mos ahoguen, no mon irén» (aunque nos ahoguen, no nos iremos), y con las actuaciones de grupos de música como La Ronda de Boltaña, una banda que desde 1992 ha dedicado parte de su obra a recrear el pasado y el presente de los territorios hidrosociales afectados por la construcción de presas y embalses en canciones como «Habanera triste», un tema que resume el sentir de muchos vecinos que tuvieron que abandonar sus casas y valles en versos como «Quién me iba a decir a mí,/ que soñaba con el mar,/ que en un maldito pantano/ mi casa iba a naufragar».

El franquismo consolidó un modelo hidráulico ligado a la industria eléctrica



Central hidroeléctrica de Grandas de Salime (Asturias).

Embalse de Mediano (Huesca)

Con más de 1.200 represas, España es el primer país de Europa y el quinto del mundo en número de construcciones hidráulicas y es la región global con la mayor capacidad instalada de generación hidroeléctrica (Fernández y Marcos 2020). La historia del Estado español y su actual configuración geográfica no pueden entenderse sin considerar la transformación derivada de un modelo político en el que, tras la pérdida de las colonias a finales del siglo XIX, se inauguraba una política de «colonización interior» en la que los problemas asociados con la escasez y la desigual distribución hídrica vinculaban en el país la promesa de su modernidad y su europeización a la necesidad de mayor control sobre sus caudales acuáticos. A lo largo del siglo XX, España se consolidó como una «sociedad hidráulica» (Worster 1982), un modelo fundado en la gestión intensiva del agua que llevó a la alteración de numerosos ecosistemas, la inundación de más de 500 municipios y el desplazamiento de más de 50.000 personas (Poma y Gravante 2015). Es precisamente el mundo rural el que ha recibido la mayor parte de las externalidades negativas de este modelo, que se materializan en el abandono forzoso de pueblos, la pérdida de tierras fértiles por inundación de cubetas sedimentarias, la pérdida de biodiversidad y de paisajes y la alteración de la estructura territorial, entre otros (Del Romero 2013). Algunos autores impulsores del movimiento Nueva Cultura del Agua como Javier Martínez Gil o Pedro Arrojo, premio

Goldman de Medio Ambiente, han hablado incluso de «hidrocausto» para referirse a las nefastas consecuencias que la construcción indiscriminada de presas y embalses ha tenido en la historia de la llamada España vaciada (Arrojo 2006). Tras la Guerra Civil, la alineación de la construcción nacional fascista con los intereses de la industria eléctrica condujo a la consolidación de los territorios de la hidroelectricidad, convirtiendo un bien común como el agua en un negocio lucrativo para esas empresas. De este modo, los 180 embalses que había en 1939 pasaron a ser 800 en 1975 (Swyngedouw 2007). Se trataba de un proyecto que se insertó dentro de la llamada «colonización interior», la cual vino precedida por la eliminación de la reforma agraria y el establecimiento de todo un entramado institucional en torno al Instituto Nacional de Colonización (INC) encargado de su ejecución. La política hidráulica franquista, junto a la política forestal y los planes de colonización, vertebraba de este modo una «contrarreforma» de la reforma agraria republicana y de las experiencias de las colectividades campesinas del periodo bélico. Como señala Lino Camprubí, el INC se convirtió en un instrumento clave para promover la ideología franquista de la «redención» según la cual el proyecto modernizador de la dictadura iba a «redimir» la miseria que asolaba el país y a favorecer la integración territorial del deprimido campo español, que durante unos años había escapado al control del Gobierno por la presencia de los guerrilleros maquis.

Los esclavos de Franco

Este proyecto fue posible gracias a los llamados «esclavos de Franco», miles de presos republicanos que trabajaron en las obras de construcción a través del llamado «Programa de Redención de Penas por el trabajo», un sistema de conmutación de penas de prisión por trabajos forzados que se utilizó hasta finales de los años 50. La utilización de mano de obra barata y esclava, la inexistencia de legislación ambiental y la represión de las resistencias sociales facilitaron la expansión de esta política hidráulica. Uno de los momentos que mostró la brutalidad del proyecto hidrotécnico de Franco ocurrió en la gélida noche del 9 de enero de 1959 cuando se rompió la presa de Vega de Tera y anegó el pueblo de Ribadelago (Zamora), en el que fallecieron 144 personas. Durante el siglo XX, los pantanos y represas se convirtieron en emblemas de la modernidad en todo el mundo. Así, en 1948, el primer ministro Nehru se refería a las presas como «los templos de la India moderna» (Kaika 2006). En España, las construcciones hidroeléctricas se convirtieron, según la propaganda franquista, en auténticos santuarios de la técnica, iconos del desarrollo nacional y monumentos de la obra del régimen. Estas encarnaciones de la imagen del progreso eran intercambiables a los dos lados del Telón de Acero. De este modo, la presa de Aldeadávila en Salamanca, símbolo de los logros industriales del franquismo, estaba presente en los títulos de crédito en la película *Doctor Zhivago* (1965), en los que la imagen



Franco visita el embalse de Alarcón (Cuenca), bajo cuyas aguas existe una villa sumergida, Gascas.

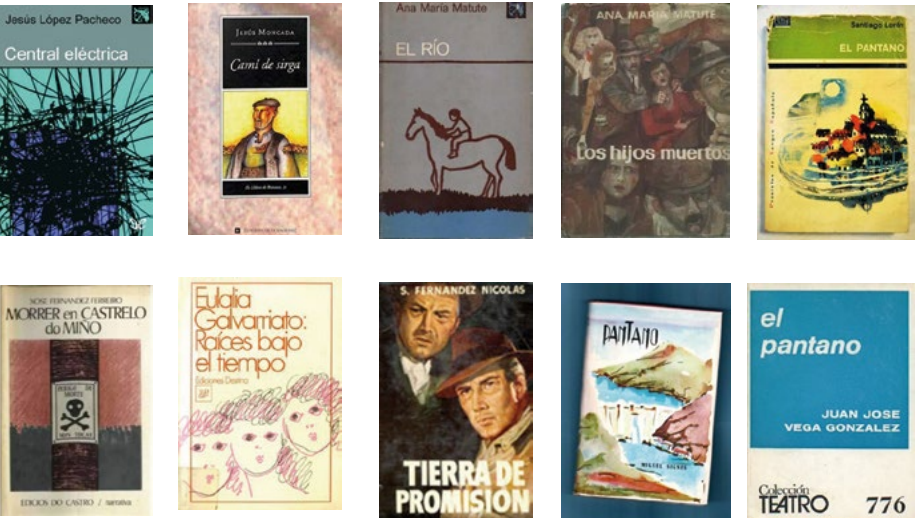
de la vía de coronación de la presa sobre el agua fluyendo por el aliviadero inauguraba el acceso a una factoría soviética. En la propaganda de la prensa y el NO-DO, la representación de las construcciones hidroeléctricas estuvo poblada por narrativas providenciales y por una idea de «encantamiento» de la naturaleza asociada a la creación de energía por parte de los dispositivos tecnológicos. Así, en su colección de artículos periodísticos titulada *España cambia de piel* (1954), el periodista falangista Waldo de Mier utilizaba una retórica tecno-católica para describir las transformaciones del paisaje gracias a la agencia de un «agua redentora» capaz de producir a su paso la «magia de los kilovatios» con la que se materializan los «milagros de la potencia creadora española» a lo largo de toda la geografía nacional.

Durante el franquismo, escritores e intelectuales de diferentes tendencias políticas dieron testimonio de los costes sociales y naturales de la implementación de este modelo de capitalismo extractivo que giraba en torno a la desposesión del territorio por parte del Estado y de las compañías eléctricas. En sus relatos se desplegó el modo en el que se negociaron las visiones de los «colonizadores» de la administración franquista (ingenieros hidráulicos, funcionarios del Estado, empresas...), así como de los trabajadores y habitantes de las zonas afectadas, en un proceso en el que comunidades enteras fueron disciplinadas y controladas por medio de la gestión del agua. Las discusiones sobre la devastación ecológica de los recursos, el despojo de los derechos humanos y ambientales, la distribución del agua y la tierra y el disciplinamiento de la población a través del trabajo fueron plan-

teadas en las novelas y relatos de escritores como Severiano Fernández Nicolás (*Tierra de promisión*, 1952), Eulalia Galvarriato (*Raíces bajo el tiempo*, 1953), Jesús López Pacheco (*Central eléctrica*, 1958), Miguel Signes (*Pantano*, 1966), Santiago Lorén (*Pantano*, 1967) o Ana María Matute, autora de *Los hijos muertos* (1958) y *El río* (1963). Matute regresó al pantano que inundó el pueblo donde creció, Mansilla de la Sierra en La Rioja, para recrear las relaciones de los vecinos de la comunidad desplazada, quienes exponían que «les dieron poco tiempo para irse» puesto que las empresas y el Estado «se portaron mal, muy mal». La escritora también dedicó su novela *Los hijos muertos* (1958) a recrear las relaciones entre los personajes que viven en una colonia de trabajadores durante la construcción de un pantano que utiliza la mano de obra de presos políticos «redimidos» por el trabajo.

Esta literatura en dictadura cumplía una función testimonial y documental que las hemerotecas no podían ofrecer a los lectores de la época, conformando un archivo y un repositorio de resistencias populares que eran un

trasunto de aquellas que realmente existieron. En los últimos años, historiadores ambientales como Pablo Corral, Ana Cabana o Daniel Lanero también han examinado estas resistencias y luchas contra la construcción de infraestructuras hidráulicas. Unas acciones que los vecinos de Mequinzenza (Zaragoza), pueblo sumergido por la construcción de un embalse para uso hidroeléctrico, resumieron en 1964 escribiendo en las paredes de su pueblo “25 años de paz y de guerra contra la EHNER”, (Empresa Nacional Hidroeléctrica del Ribagorzana). Las novelas de pantano de los años 50 y 60 ofrecen un repertorio de acciones colectivas frente a los proyectos hidráulicos que incluyeron, entre otras, la protesta de los vecinos dirigida a las autoridades, la quema de instalaciones y edificios de las compañías constructoras, el sabotaje laboral o el uso de la violencia. En *Pantano* de Miguel Signés se relata incluso un caso de sabotaje en el paisaje modificado, en un capítulo en el que dos vecinos arrancan en una noche los 3000 retoños de pinos que la empresa constructora había plantado como parte de la transformación de la cuenca hídrica.



Literatura sobre la construcción de pantanos durante la dictadura de Franco.



Encajada entre los cañones graníticos del río Duero, en pleno Parque Natural de los Arribes, la presa de Aldeadávila se alza como una de las grandes catedrales del paisaje hidráulico español. Construida entre 1956 y 1962, esta monumental presa de arco de hormigón fue durante años la mayor infraestructura hidroeléctrica de España y uno de los símbolos más visibles del proyecto desarrollista del franquismo. Levantada en un territorio abrupto y fronterizo, donde el Duero marca el límite natural entre España y Portugal, Aldeadávila encarnó la promesa de modernidad asociada al control de la naturaleza y a la producción de energía a gran escala. Su imagen, repetida en la propaganda oficial y en el imaginario cultural de la época, convirtió el paisaje de los Arribes en escenario de un progreso que transformó ríos, montañas y formas de vida



Protestas contra la construcción del pantano de Riaño, 1987.

El antiguo Riaño antes de ser inundado en 1987, en un valle leonés lleno de vida, con pueblos como Burón, Anciles y Pedrosa, caracterizado por tradiciones (fiestas, romerías), agricultura próspera (cereales, lino) y ganadería.



La política hidráulica española provocó el desplazamiento forzado de miles de personas

Tras la muerte del dictador, el eje de la argumentación en democracia reforzó una idea que se remontaba al proyecto regeneracionista de Joaquín Costa, según la cual la configuración hidráulica española estaba determinada por los «desequilibrios hídricos» entre cuencas «excedentarias» y «deficitarias». Se trataba de un discurso construido a partir del paradigma de dominación de la naturaleza en el que se vinculaba el progreso de la sociedad con el control de los ríos, con el objetivo de evitar que sus aguas «se perdieran» en el mar, conduciéndolas donde la actividad económica las requiriera. Siguiendo esta visión basada en la posibilidad de «corregir» lo que se percibe como un «desequilibrio» de la naturaleza, el ministro de Fomento en el primer Gobierno socialista tras la transición, Julián Campo, declaró con entusiasmo: «Voy a construir más presas que Franco». Aunque este paradigma entró en crisis a medida que avanzaba la democracia, en los años 80 el escritor e ingeniero Juan Benet seguía insistiendo en la necesidad de un modelo hidrosocial basado en la expropiación de quienes la administración franquista había denominado como «población sobrante». «Sólo hay que pasear un poco por la provincia de León para darse cuenta de que, en buena medida, estas provincias son fósiles. Coger un valle de León y llenarlo de agua, ¿no es mejor que tenerlo como estaba antes?» (1997).

Frente a los argumentos de Benet, basados en una lógica productivista del paradigma hidráulico, Julio Llamazares contraponía lo que Joan Martínez Alier denomina como «lenguajes de valoración» (2008) de los vecinos afectados. Estos «lenguajes de valoración» disputan la noción de «desarrollo» y de «interés nacional» esgrimida por el Estado y reivindican el reconocimiento social, cultural y ecológico de las comunidades y territorios sumergidos, así como la importancia de los vínculos, la interdependencia y la noción de lo común en los territorios hidrosociales¹. En palabras de Llamazares, «La amputación traumática que, como contraprestación a los beneficios producidos, cualquier gran embalse significa (destrucción de paisajes y núcleos poblacionales, desarraigo sentimental y demográfico, incidencia en los factores ambientales, negación de la libertad individual como derecho constitucional irreductible) incide claramente en aspectos culturales, ecológicos, morales y políticos que en modo alguno pueden declinar ante el único y discutible factor del beneficio» (1987).

Algunos ejemplos de estas políticas hidráulicas injustas en democracia serían los casos de los pueblos de Jánovas en Huesca, que fue destruido por la compañía eléctrica Iberduero para alojar un pantano que

nunca se construyó y el de Riaño en León, donde las fuerzas de seguridad utilizaron fuego real contra los manifestantes. Treinta años después, el agua del pantano de Riaño sólo riega 32.000 hectáreas y produce una cantidad mínima de electricidad teniendo en cuenta la inversión económica y el daño social producido. Por estos motivos, Riaño figura en el Atlas Mundial de Justicia Ambiental, donde las consecuencias mencionadas incluyen «Desalojo, expropiación de tierra, deterioro del paisaje y pérdida de sentido de identidad del lugar, pérdida de los conocimientos locales, saberes, prácticas y cultura, militarización y aumento de presencia y control de las fuerzas del orden» así como la «pérdida de formas de subsistencia» (Atlas). Por su parte, la última habitante de Jánovas, Francisca Castillo, se refería al proceso de demolición del pueblo en estos términos: «No nos trataban como a personas, nos trataban como a animales... Nosotros nos hemos hecho viejos luchando. Una lucha eterna por lo que te han robado y te han matado... han hecho lo que han querido. El problema es que la gente no vale nada» (Menjón 2006). De manera muy similar se expresaba en 2021 un vecino de Caspe, José Bielsa, en una declaración recogida por Virginia Mendoza en *Detendrán mi río*, al recordar cómo la Empresa Nacional Hidroeléctrica del Ribagorza dinamitó la casa en la que vivía de niño con su familia: «Nos echaron como a animales y sin darnos



Cine y literatura del siglo XXI sobre la España sumergida.



‘Nada es lo que parece’ (2011) de Bárbara Fluxá.



‘Proyecto Mediano’ (2014) de Carmen Lamúa.



Protestas contra el recrecimiento del embalse de Yesa.

opción a nada. Había mucho miedo porque la guerra era muy reciente, pero hoy no se podría hacer lo que nos hicieron» (Mendoza 2021). En los últimos años, el género de las llamadas hidroficciones sigue vigente en producciones literarias, artísticas y audiovisuales que giran en torno a imaginarios relacionados con espacios hidrosociales cuyas poblaciones han sido desplazadas a lo largo del tiempo debido a las inundaciones de pueblos y valles. Se trata de obras que reivindican el reconocimiento social, cultural y ecológico de las comunidades afectadas y los territorios sumergidos. Como ha analizado Rox Nixon, el desplazamiento forzado de millones de personas en todo el mundo debido a la construcción de obras hidráulicas se incluye como una de las formas específicas de lo que el crítico denomina

«violencia lenta», entendida como una agresión prolongada y progresiva «cuyas repercusiones calamitosas se posponen durante años, décadas o siglos» (Nixon 2011). Esta violencia implica no solo el desplazamiento físico de las comunidades sino también una «invención del vacío» del territorio a través de su desplazamiento imaginativo y cultural en los imaginarios de la nación. Uno de los escritores que ya en democracia ha centrado parte de su obra en la creación de hidroficciones es Julio Llamazares, cuyo pueblo, Vegamián, fue inundado por el Embalse Juan Benet, construido por el escritor-ingeniero en 1969. Otras obras literarias recientes son la novela de Brais Llamela, *Ninguen queda* (2023), centrada en la vida en los pueblos de colonización gallegos y las comunidades desplazadas por el embalse de Grandas de Salime o la novela de



‘Artieda no rebla’. Mural de Ana Resya. Artieda (Zaragoza).



‘Yesa No’. Mural de Tomás Facio. Artieda (Zaragoza).

Las comunidades afectadas mantuvieron resistencias desde la dictadura hasta la democracia

Virginia Mendoza *Detendrán mi río* (2021). Frente al paradigma hidráulico español del siglo XX, Mendoza contrapone los conocimientos sobre el agua de la comunidad campesina de la huerta de Cauvaca en Caspe (Zaragoza). La construcción del embalse de Mequinenza dejó desposeídas de su medio de vida entre cuatro mil y cinco mil personas sólo en las huertas de su municipio. Otros ejemplos audiovisuales recientes serían los documentales *Los materiales* (2009) del colectivo de cine Los Hijos, un retrato filmico del Embalse de Riaño, y *Os días ahogados* (2015), de César Souto y Luis Avilés, que utiliza vídeos domésticos grabados por los vecinos de las aldeas gallegas afectadas por la construcción del Embalse de Lindoso antes de que fueran anegadas para siempre en 1992. También destacan los ensayos *Memorias ahogadas* (2024) de Jairo Marcos y M^a Ángeles Fernández y *La voz de los desterrados* (2022) de Álvaro González.

En el campo del arte, la obra «Proyecto Mediano» de la artista oscense Carmen Lamúa proyecta sobre las orillas del embalse una colcha de mármol con un mapa del antiguo pueblo sumergido, cuyo único vestigio es la torre de la iglesia que emerge de las aguas. El pueblo de Mediano, afectado por la construcción hidráulica que comenzó

en 1920, fue anegado en abril de 1969 sin previo aviso, lo que obligó a algunos de sus habitantes a escapar de sus casas para poder conservar la vida. En el caso de muchos pueblos como Argusino (Zamora), la comunidad desplazada quedó dispersa para siempre puesto que los vecinos ni siquiera tuvieron la oportunidad de vivir en un pueblo de nueva construcción y sus casas también fueron destruidas antes de la inundación. La artista Barbará Fluxá recurre a la técnica de la batimetría, perteneciente al ámbito de la ingeniería acústica, para recuperar once kilómetros de territorio inundado que no pueden visualizarse, puesto que el agua y los sedimentos impiden el paso a la mirada.

El Festival Riada mencionado al comienzo de este ensayo sería un ejemplo emblemático de la vertebración de las resistencias pasadas y presentes en torno a los movimientos de defensa de la llamada Nueva Cultura del Agua. Estos movimientos reclaman que las decisiones que afectan a los territorios hidrosociales no deberían estar exclusivamente en manos de expertos tecnocráticos que trabajan para las administraciones o las empresas, sino que deberían reconocer e incorporar valores e intereses plurales, exigiendo debates ciudadanos participativos con el doble ob-

Permanece vivo un legado de resistencia que hoy dialoga con los debates sobre despoblación, sostenibilidad y justicia ambiental

jetivo de construir una cultura democrática del agua arraigada en los bienes comunes ribereños y en el hecho de constatar los costes sociales y ecológicos que soportan los ecosistemas afectados (Arrojo 2006). Se trata, en definitiva, del cambio hacia un paradigma hidráulico basado en el respeto a la justicia ambiental, a la identidad de las comunidades sociales y su cultura y al compromiso con el desarrollo intergeneracional y la equidad social (Gómez Fuentes 2012).

Como ejemplo de la continuidad de las luchas en defensa de la dignidad de la montaña por una nueva cultura del agua destaca el caso de Artieda, un pueblo de 82 habitantes de la Comarca de la Jacetania que se ha convertido en los últimos años en un referente de lucha contra la despoblación, la amenaza de su desaparición está presente desde hace décadas a causa del proyecto de recrecimiento del embalse de Yesa, que lo convertiría en el mayor del Pirineo. Según un informe de 2020 de Ecologistas en Acción junto a las organizaciones Greenpeace, SEO/BirdLife, WWF y Asociación Río Aragón (Amigos de la Tierra2020), en caso de que el recrecimiento se llevara a cabo el pueblo perdería bajo las aguas sus mejores tierras de cultivo, 100 hectáreas de huerta que

podrían tener un gran futuro en los nuevos planteamientos de agroecología y soberanía alimentaria.

El pueblo de Artieda, cuyos habitantes llevan dos décadas reivindicando su permanencia en el territorio con el lema “Queremos vivir aquí”, es un ejemplo de la resistencia social y cultural contra la despoblación de los territorios afectados por la construcción de presas y embalses. El fenómeno de la despoblación en la comarca se remonta a 1959, cuando la inundación de las tierras obligó a los vecinos del valle a abandonar sus casas, lo cual creó un enorme vacío poblacional en lo que era una zona pujante del Pirineo Occidental. Desde los años ochenta, el recrecimiento de Yesa se encuentra en el centro del debate sobre políticas hidráulicas en Aragón, tanto por la insistencia en su realización como por la oposición de las poblaciones afectadas debido, entre otros factores, a la inseguridad de una construcción que obligó a desalojar y derribar un centenar de casas en 2014, a los impactos ambientales, sociales y patrimoniales que tendría el proyecto y a la propia necesidad cuestionable de la obra en un contexto de emergencia climática. Esta oposición ha sido respaldada por numerosos informes científico-técnicos

elaborados por distintas entidades independientes y administraciones públicas en los últimos años. Pese a las promesas de seguridad, en el embalse continúan los deslizamientos de tierras y la apertura de grietas en las laderas de esta obra construida en una zona de riesgo sísmico. En este sentido, son bien conocidas las palabras del ingeniero jefe de la obra original, René Petit, cuando se comenzó a plantear el proyecto de la megapresa en 1983: «La ampliación de Yesa me daría mucho miedo» (Balbas 2014).

Artieda se ha convertido en un ejemplo de lucha contra la despoblación puesto que en los últimos cinco años ya son quince los jóvenes que han decidido vivir allí de manera permanente al tiempo que han desarrollado desde Oficina de Desarrollo Integral contra la Despoblación el proyecto Envejece en tu pueblo, centrado en el cuidado de las personas mayores que viven solas haciéndolas sentir parte activa del pueblo. En la actualidad, en tres de los murales de Artieda aparece la exposición de las luchas de la comunidad a partir de la representación de las resistencias compartidas. En el mural realizado por Ana Resya en 2020 destaca el protagonismo de las mujeres en diferentes momentos de la historia de la comarca,



Mural “¿Quién te cerrará los ojos?” de Anna Repullo. Artieda (Zaragoza).



El embalse de Yesa (el mar de los Pirineos) sepultó entre otros, el pueblo de Tiermas: el pueblo de Artieda lucha contra el recrecimiento de este pantano ©Francico Javier Gil.

La construcción de pantanos inundó pueblos y transformó de forma irreversible el territorio rural

desde las colectivizaciones del Consejo de Aragón durante la Guerra Civil hasta las luchas recientes enmarcadas por el lema ‘Por la dignidad de la montaña’. Según la autora, una de las imágenes recrea una mujer con un capazo echándose a hombros el pueblo, representando la gente que lucha día a día contra la despoblación y por mantener vivos nuestros pueblos. Las mujeres también son las protagonistas del mural del artista argentino Tomás Facio en el que una anciana detiene con sus herramientas de labranza las máquinas que amenazan con arrasar el valle entre los surcos labrados.

Por último, la artista Anna Repullo toma un verso del cantautor aragonés José Antonio Labordeta para titular su mural ‘¿Quién te cerrará los ojos, Tierra, cuando estés callada?’ y recrear un hilo conductor de las continuidades entre cuerpos de

agua, cuerpos humanos, territorio, memoria, espacios de resistencia y deseos de la comunidad. En el mural aparecen representados cinco campesinos del pueblo —dos hombres y tres mujeres inspirados en las fotografías de los habitantes del Alto Aragón que realizó Ricardo Compairé a comienzos del siglo XX— y dos activistas que han jugado un papel esencial en las luchas hidrosociales en Aragón: Francisca Castillo, última habitante de Jánovas y símbolo de dignidad y resistencia durante las décadas en las que Iberduero intentó expulsarla de su vivienda junto a su marido y sus seis hijos entre bombardeos de casas, cortes de agua y amenazas, y Emilio Gastón, abogado, poeta, Justicia de Argón y una figura muy querida en Artieda por su papel en la articulación del movimiento de oposición al recrecimiento de Yesa.

El antropólogo Arturo Escobar (2005) ha destacado la dimensión de la cultura en los conflictos ambientales dado que, «si la producción bajo una distribución desigual niega los procesos ecológicos, también niega los procesos culturales que se encuentran en la base de la valorización y la relación de la gente con el mundo natural». Las artes y la cultura forman parte de las resistencias que implican la construcción de imaginarios sociales sobre la defensa del territorio, ofreciendo testimonio de la continuidad histórica de los conflictos hidrosociales y de las estrategias de lucha colectivas transmitidas a través de varias generaciones.

Como hemos visto en los ejemplos mencionados en estas páginas, la literatura, el cine y el arte no sólo dan testimonio de los nuevos movimientos socioambientales en defensa de los territorios hidrosociales, sino que también son capaces de interrumpir y cuestionar los imaginarios sociales segregados por las dinámicas de los mitos del vacío que generan comunidades in-imaginadas. Se trata, en definitiva, de lugares de memoria a través de los cuales podemos recordar colectivamente las comunidades y territorios desaparecidos, de modo que pueden hacerse visibles las continuidades y discontinuidades históricas en

torno a cuestiones como la distribución de la energía y la sostenibilidad del regadío, el futuro de los grandes complejos hidroeléctricos, el cuidado de nuestros ríos y los usos sociales del agua como bien común, así como sobre el impacto de las geometrías del poder en las comunidades afectadas por las políticas hidráulicas.

NOTAS

1. En este artículo se sigue la definición de territorio hidrosocial basada en las interacciones entre la sociedad, la tecnología, las instituciones y la ecología propuesta por Boelens, Hoogesteger, Swyngedouw, Vos y Wester (2016): “La materialización imaginaria y socioambiental disputada de una red multiescalar limitada espacialmente en la que los seres humanos, los flujos de agua, las relaciones ecológicas, la infraestructura hidráulica, los medios financieros, los acuerdos jurídico-administrativos y las instituciones y prácticas culturales se definen, alinean y movilizan interactivamente a través de sistemas de creencias epistemológicas, jerarquías políticas y discursos naturalizadores”.



Ruinas de Jánovas, donde Francisca Castillo Ramón y su marido y seis hijos resistieron la presión de Iberduero durante dos décadas y nunca se construyó el pantano © Sebastián Sonnen.

REFERENCIAS

Amigos de la Tierra, Ecologistas en Acción, Greenpeace, SEO/BirdLife, WWF y Asociación Río Aragón. 2020. *Recrecimiento de Yesa, una apuesta por el pasado que olvida el futuro. Atlas de Justicia Ambiental*. Consultado 1 de mayo de 2022. Riaño. <https://ejatlas.org/conflict/riano-dam-spain?translate=es>

Arrojo, P.2006. “Los retos éticos de la nueva cultura del agua”, *Polis*5.

Balbas, A. 2014. *Los malos sueños de René Petit*. Documental.

Benet, J.1997. *Cartografía personal*. Cuatro Ediciones, Valladolid.

Boelens, R., Hoogesteger, J., Swyngedouw, E., Vos, J. and Wester, P.2016. “Hydrosocial Territories: A Political Ecology Perspective”, *Water International* 41: 1: 1 – 14.

Cabana, Ay D. Lanero. 2009. “Movilización social en la Galicia rural del tardofranquismo (1960-1977)”, *Historia agraria* 48: 111-132

Camprubí, L.2014. *Engineers and the Making of the Francoist Regime*. The MIT Press, Cambridge.

Corral, P.2011. “Sobreviviendo al desarrrollismo. Las desigualdades ambientales y la protesta social durante el franquismo (Aragón, 1950-1979)”, *Ager*10: 111-155.

De Mier, W.1954. *España cambia de piel*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid.

Del Romero, L. 2013. “La construcción de sociedades hidráulicas: El caso de España y del Oeste de EE.UU”. *Cuadernos de Geografía*93: 53-7.

Escobar, A. 2005. “Una ecología de la diferencia: igualdad y conflicto en un mundo globalizado”. *Más allá del Tercer Mundo. Globalización y diferencia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia: pp. 123-144

Fernández M.A. y J. Marcos. 2020. “Memorias ahogadas. Los impactos secretos de los pantanos”. *Ctxt*. 18 de agosto.

Gómez Fuentes. A. 2012. *Territorio y resistencia social: la lucha en contra de la construcción de presas y trasvases (Aragón, 1985-2010)*. El Colegio de Jalisco, Guadalajara (México).

Kaika, M.2006. “Dams as Symbols of Modernization: The Urbanization of Nature Between Geographical Imagination and Materiality.” *Annals of the Association of American Geographers*96: 2: 276-301.

Llamazares, J.1987 “Cementerios bajo el agua”, en *Riaño vive*. Ediciones Enrique Martínez Fidalgo, León.

Martínez Alíer, J. 2008. “Conflictos ecológicos y lenguajes de valoración”, *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*26: 24-34.

Mendoza, V. 2021.*Detendrán mi río. Desarraigo y memoria en un rincón de la España sumergida*. Libros del K.O., Madrid.

Menjón, M. 2006. *Janovas: Víctimas de un pantano de papel*. Pirineum, Jaca.

Nixon, Rob.2011. *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*. Harvard University Press, Harvard.

Poma, A. y T Gravante. 2015. “Analyzing Resistance from below: A Proposal of Analysis Based on Three Struggles against Dams in Spain and Mexico”. *Capitalism NatureSocilism*26:1: 59-76.

Swyngedown, E. 2015. *Liquid Power: Contested Hydro-Modernities in Twentieth Century Spain*. MIT Press, Cambridge, MA.

Worster, D. 1982. “Hydraulic Society in California: An Ecological Interpretation”. *Agricultural History*56: 503-15.